

CILAMPA

Publicación de la Escuela de Literatura y Ciencias del
Lenguaje.
Universidad Nacional

Redactores: Flora Eugenia Ovaes, Sonia Marta Mora,
Carlos Francisco Monge y Juan Durán Luzio.

Nº 4 (Mayo, 1984) Heredia, Costa Rica

PRESENTACIÓN



El presente número se ha destinado a Julio Cortázar, como un homenaje a su obra, y con motivo de su reciente desaparición. Como en los anteriores, el conjunto de artículos y reflexiones que se ofrecen en éste, busca dar algunas luces y posibilidades de estudio en torno a obras y autores de particular importancia. Se incluye una nueva sección con el testimo-

nio escrito del propio escritor, no solo por su valor didáctico, sino también porque estimamos que junto al grupo de textos que giran alrededor de una obra literaria también debe mostrarse la palabra misma de quien la ha producido. El ejemplo de Cortázar, al respecto, es singular, y si una de sus preocupaciones centrales fue el destino y sentido de la literatura hispanoamericana, la oportunidad de ofrecer una pequeña muestra de ello nos ha resultado insoslayable.

El estudio de la literatura hispanoamericana, que ha sido asunto central de la Escuela, es una consecuencia natural de las necesidades académicas de quienes en su ejercicio profesional requieren el estudio de nuestra realidad histórica. Por ello, entre las actividades del programa "Interacción con los profesores de Español y Literatura Universal de Enseñanza Media" se realizó el seminario en torno a la obra de otro hispanoamericano, Juan Rulfo, llevado a cabo en el Campus Omar Dengo recientemente. Como parte de esos mismos planes, se ha programado un seminario análogo, en el área de la lingüística, para el segundo semestre de este año.

Entre los esfuerzos de la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje por extender sus actividades académicas a una amplia área geográfica está en operación el Plan regional de Bachillerato en Literatura y Lingüística en Español; se realizó por primera vez en 1983 en Liberia, y el presente año está en ejecución en Pérez Zeledón. Programas similares, en las áreas de inglés y francés son proyectos que habrán de ponerse en práctica a corto plazo.

En modo alguno el grupo de redactores de este fascículo quieren perder de vista el propósito central de él: servir de vaso comunicante entre las

DIRECCION POSTAL:

*Boletín Cilampa
Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje
Universidad Nacional
Apartado 86, Heredia*

condiciones específicas en que laboran los profesionales en nuestras áreas de conocimiento y las posibilidades de acción académica y técnica que tiene la Universidad Nacional. Alrededor de ese principio los próximos números se ocuparán de la problemática de la enseñanza de segundas lenguas, con singular énfasis en el inglés y en el francés. Quisiéramos una vez más recordar a todos nuestros lectores que éste es apenas un instrumento de acción. Nuestro interés básico es fomentar el enriquecimiento académico de los profesionales en ejercicio y solo la reciprocidad y el diálogo pueden hacer posible ese designio.

Carlos Francisco Monge
Director
Escuela de Literatura y Ciencias
del Lenguaje



Cualquier tentativa de separar al escritor de su entorno político (o más exactamente, la literatura de su historia) padece de un error múltiple: le confiere al arte un carácter aleatorio; reproduce el sofisma del arte por el arte, tan frecuente en épocas de desengaño y frustración; y pretende inmunizar al artista del acontecer inmediato y de las sombrías realidades. Toda reflexión sobre las condiciones del escritor en nuestras sociedades tiene que actuar sobre esa red de problemas, no solo para desentrañar las fuerzas que los mueven, sino también para referirse a las verdaderas relaciones que definen al arte como una metáfora de la historia.

Lejos de acabarla, la reciente desaparición física de Julio Cortázar ha revitalizado una discusión en torno a la relación entre la literatura y la realidad, tema que tanto ocupó al novelista. La experiencia artística de Cortázar cubrió muchos campos, temas y obsesiones; sus narraciones son la muestra de esa diversidad, aunque sus reflexiones buscan resolver un único problema político: la acción del escritor latinoamericano en un contexto social conflictivo y amenazado por poderes políticos y económicos desmesurados. La palabra poética deja de ser un antro de solemnidad y virtuosismo, y se consume entre el fuego y las maquinarias del tiempo diario.

Cortázar vio tres aspectos decisivos que definen la actividad política del escritor: sus relaciones con otros complejos culturales, la función crítica de la literatura, y lo que él denominó "la revolución en la literatura". Sobre lo primero, Cortázar ha hablado extensamente en defensa de la capacidad creadora de los escritores y poetas latinoamericanos. Ellos, lejos de depender psicológica y culturalmente de los logros artísticos de otros lares (sobre todo europeos), han mostrado que las verdaderas proyecciones y alcances de la literatura latinoamericana rebasan las influencias aparentes e iniciales, y constituyen un modelo portentoso de originalidad. El "complejo de inferiori-

dad cultural" (noción que utilizó en su polémica con Oscar Collazos) es ficticio y fácilmente rebatible con el ejemplo de Vallejo, Neruda, Borges, García Márquez, Vargas Llosa o Carpentier.

A la función crítica de la literatura le otorga una doble naturaleza: la que busca echar abajo, y la que procura edificar, según las condiciones de la sociedad donde actúa el escritor. En ningún caso, empero, el artista está sujeto a esa conducta primordial y evidente; es la condición natural de quien ejerce la literatura como un modo de existir políticamente. "Un cuentista o un novelista no lo es por crítico sino por creador —ha dicho Cortázar—; si su capacidad crítica la comparte con el político, el dirigente, e incluso con cualquier ciudadano conciente y responsable, la función creadora en el plano narrativo le es propia y privativa, es eso que hace de él un novelista, un poeta o un dramaturgo". El problema central del escritor hispanoamericano radica en ajustar su condición de intelectual a los imperativos inmediatos de su historia, y de ello han derivado muchas actitudes y perspectivas. Quienes han afirmado el carácter elitista del oficio literario vieron pronto en muchos escritores contemporáneos una oposición radical y definida que habría de abolir la trampa de la literatura como artificio verbal y metahistórico. Sin ser una novedad política, la sensación de que el escritor es un desheredado y un rebelde cobró singular vigencia en América Latina una vez cosechada la convicción de que el artista está al margen del poder, y de que su obra ha de ser una fuente crítica y en permanente vigilia. No crítica a la realidad, sino a quienes la distorsionan.

En nuestros países, el vocablo revolución ha adquirido dimensiones no previstas, particularmente en la segunda mitad de este siglo; se ha convertido en la fórmula política más concentrada y a la vez más ambigua. Ha sido la palabra clave tanto para nombrar una fe política integral, como para revestir de demagogia el escepticismo y la inmovilidad. Julio Cortázar vio con mucha claridad esta doble tensión: no es suficiente que un escritor hable con nobleza y buenos sentimientos en torno a su situación histórica; hay que ejercer limpiamente el oficio a partir de la convicción de que el artista puede contribuir honesta y

valerosamente con una tarea (no toda la tarea) en los procesos de cambio social y político que urgen en el aquí y el ahora. Siempre el novelista argentino aprovechó esa creencia para reafirmar otra no menos importante: si el escritor quiere colaborar con el quehacer diario, es absurdo que lo trate de realizar con recursos ajenos e inverosímiles; "estamos necesitando más que nunca los Che Guevara del lenguaje, los revolucionarios de la literatura más que los literatos de la revolución. Y para eso tenemos que batimos con las armas que nos son propias, a reserva de usar otras en circunstancias diferentes. . ." afirmó en varias ocasiones.

Otro padecimiento, o por mejor decir, otra condición que debe admitirse con honradez y realismo, es el acceso relativamente escaso de la palabra artística a todos aquellos ámbitos a los que quisiera llegar el escritor. No es halagadora, ciertamente, la aplastante diferencia entre la población medianamente alfabetizada de América Latina, y la capacidad de difusión de la obra artística. Por supuesto que el problema no solo es de orden cuantitativo; tiene mucho que ver con las sujeciones a las que el escritor se pliega (voluntariamente o no). Los verdaderos alcances sociopolíticos de la literatura son el rescoldo natural de esa imbricada lucha del escritor con sus condiciones; casi a la letra, Cortázar ha afirmado que los libros son botellas lanzadas a la inmensidad de la ignorancia y la miseria, con la esperanza de que algunos de ellos llegarán a su destino, llevando luz a quienes los leerán algún día.

A un tiempo han gravitado entre las líneas de la obra de Cortázar, y en general de los escritores latinoamericanos de hoy, dos entes —la palabra y la historia— que si bien son materialmente inseparables, conceptualmente no lo son. Es la pluma que dibuja unos trazos, ocupándose de significar y aludir; junto a ella, el reloj de la diaria certidumbre que le dice al poeta que su tiempo es éste. Por ser deliberada y artificial, la separación de ambas realidades es un error moral, del que siempre quiso alejarse Cortázar, y sobre el cual muchas veces llamó la atención de sus contemporáneos.

Carlos Francisco Monge